

CANTAR PRIMERO

DESTIERRO DEL CID

(La falta de la primera hoja del códice del Cantar se suple con el relato de la Crónica de Veinte Reyes.)

El rey Alfonso envía al Cid para cobrar las parias del rey moro de Sevilla. Éste es atacado por el conde castellano García Ordóñez.—El Cid, amparando al moro vasallo del rey de Castilla, vence a García Ordóñez en Cabra y le prende afrentosamente.—El Cid torna a Castilla con las parias, pero sus enemigos le indisponen con el rey.—Éste destierra al Cid.

Envió el rey don Alfonso a Ruy Díaz mio Cid por las parias que le avian a dar los reyes de Córdoba e de Sevilla cada año. Almutamiz rey de Sevilla e Almudafar rey de Granada eran a aquella sazón muy enemigos e queríanse mal de muerte. E eran entonces con Almudafar rey de Granada estos ricos omnes que le ayudavan: el conde don García Ordóñez, e Fortún Sánchez el yerno del rey don García de Navarra, e Lope Sánchez... e cada uno destes ricos omnes con su poder ayudavan a Almudafar, e fueron sobre Almutamiz, rey de Sevilla.

Ruy Díaz Cid, quando sopo que así venían sobre el rey de Sevilla, que era vasallo e pechero del rey don Alfón, su señor, tóvolo por mal e pesóle mucho; e envió a todos sus cartas de ruego, que non quisiessen venir contra el rey de Sevilla nin destruirle su tierra, por el debdo que avian con el rey don Alfonso [ca si ende al quisiessen fazer, supiessen que non podría estar el rey don Alfonso que non ayudasse a su vasallo, pues su pechero era]. El

rey de Granada e los ricos omnes non prescioron nada sus cartas del Cid, e fueron todos muchos esforçadamente e destruyeron al rey de Sevilla toda la tierra, fasta el castillo de Cabra.

Quando aquélllo vio Ruy Díaz Cid [tomó todo el poder que pudo aver de cristianos e de moros, e fue contra el rey de Granada, por le sacar de la tierra del rey de Sevilla. E el rey de Granada e los ricos omnes que con él eran, quando sopieron que en aquella guisa iba, enviáronle dezir que non le saldrían de la tierra por él. Ruy Díaz Cid quando aquello oyó, tovo que non le estaría bien si los non fuese cometer, e] fue a ellos, e lidió con ellos en campo, e duróles la batalla desde ora de tercia fasta ora de medio día, e fue grande la mortandad que y ovo de moros e de cristianos de la parte del rey de Granada, e venciólos el Cid e fizolos fuir del campo. E priso el Cid en esta batalla al conde don García Ordóñez [e mesóle una pieça de la barba]... e a otros cavalleros muchos, e tanta de la otra gente que non avie cuenta; e tóvolos el Cid presos tres días, desí quitólos a todos. Quando él los ovo presos, mandó a los suyos coger los averes e las riquezas que fincavan en el campo, desí tornóse el Cid con toda su conpañia e con todas sus riquezas para Almutamiz rey de Sevilla, [e dio a él e a todos sus moros quanto conosçieron que era suyo, e aun de lo al quanto quisieron tomar. E de allí adelante llamaron moros e cristianos a este Ruy Díaz de Bivar el Cid Campeador, que quiere dezir batallador].

Almutamiz dióle entonces muchos buenos dones e las parias por que fuera... E tornóse el Cid con todas sus parias para el rey don Alfonso su señor. [El rey resçibiolo muy bien, e plógole mucho con él, e fue muy pagado de quanto allá fiziera.] Por esto le ovieron muchos enbidia e buscáronle mucho mal e mezcláronle con el rey...

El rey commo estava muy sañudo e mucho irado contra él, creyólos luego... [e envió luego dezir al Cid por sus

CANTAR PRIMERO

DESTIERRO DEL CID

El rey Alfonso envía al Cid para cobrar las parias del rey moro de Sevilla. Éste es atacado por el conde castellano García Ordóñez.—El Cid, amparando al moro vasallo del rey de Castilla, vence a García Ordóñez en Cabra y le prende afrentosamente.—El Cid torna a Castilla con las parias, pero sus enemigos le indisponen con el rey.—Éste destierra al Cid.

Envió el rey don Alfonso al Cid Ruy Díaz por el tributo que los reyes de Córdoba e de Sevilla tenían que pagarle todos los años. Almutamiz, rey de Sevilla, y Almudafar, rey de Granada, eran a la sazón muy enemigos y se odiaban a muerte. Almudafar, rey de Granada, tenía de su parte a algunos ricos hombres que le ayudaban: tal era el conde García Ordóñez, y Fortún Sánchez —yerno del rey don García de Navarra— y Lope Sánchez... Todos éstos auxiliaban con su poder a Almudafar; y juntos marchaban sobre Almutamiz, rey de Sevilla.

El Cid Ruy Díaz, cuando supo cómo venían sobre el rey de Sevilla, que era vasallo y pechero del rey don Alfonso, su señor, tóvolo a mal y pesóle mucho; y envió a todos cartas rogándoles que no se empeñasen en atacar al rey de Sevilla y destruir sus tierras, por la obligación que tenían al rey don Alfonso; y que si a toda costa querían hacerlo, tuvieran por cierto que el rey don Alfonso no podría dejar de sostener a su vasallo, puesto que era su

pechero. El rey de Granada y los ricos hombres no hicieron caso de las cartas del Cid; y cayeron esforçadamente sobre el rey de Sevilla, destruyendo todas sus tierras hasta el castillo de Cabra.

Al ver esto, el Cid Ruy Díaz reclutó todas las fuerzas que pudo juntar entre cristianos y moros, y marchó contra el rey de Granada para expulsarle de las tierras del rey de Sevilla. Cuando esto supieron el rey de Granada y los ricos hombres que le acompañaban, enviáronle a decir que no sería él quien los echara de aquellas tierras. Oyólo el Cid Ruy Díaz, y se dijo que estaba obligado a castigarlos; y fue hacia ellos, y lidió con ellos en batalla campal que duró desde la hora de tercia hasta mediodía; y grande fue la mortandad de moros y cristianos por parte del rey de Granada. Así venció el Cid a sus enemigos, obligándolos a abandonar el campo. En esta batalla el Cid hizo prisionero a don García Ordóñez y le arrancó un mechón de las barbas... y también cogieron a otros muchos caballeros. Tantos fueron los enemigos presos, que se perdió la cuenta. Tres días los tuvo cautivos el Cid, y después los mandó soltar. Pero una vez presos, ordenó a los suyos que recogiesen todos los bienes y riquezas abandonados en el campo, y luego se reunió con su compañía y su botín a Almutamiz, rey de Sevilla.

A él y a sus moros entregó, de los objetos rescatados, cuanto reconocieron por suyo, y aun de lo ajeno cuanto quisieron. Y desde entonces moros y cristianos apellidaron a Ruy Díaz de Vivar el Cid Campeador, para recordar su bravura en las batallas.

Almutamiz le mandó obsequiar con ricos presentes y le entregó además el tributo que había venido a recoger... El Cid volvióse con el tributo al rey don Alfonso, su señor. El rey lo recibió muy bien, se declaró satisfecho de él y muy contento de su conducta. Y ésta fue la causa de que le salieran muchos envidiosos, procurándole incontables daños, hasta que le pusieron a mal con el rey.

El rey les prestó oídos, porque tenía viejas rencillas contra él, y envió a decir al Cid por una carta que saliese del

cartas que le saliesse de todo el regno. El Cid después que ovo leídas las cartas, como quier que ende oviesse grand pesar, non quiso y al fazer, ca non avia de plazo más de nueve días en que salliesse de todo el regno].

1

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él (Sigue el relato de la Crónica de Veinte Reyes y se continúa con versos de una Refundición del Cantar.—*Adios del Cid a Vivar* (aquí comienza el manuscrito de Per Abbat).

[Enbió por sus parientes e sus vasallos e díxoles cómo el re le mandava salir de toda su tierra, e que le non dava de plazo más de nueve días, e que quería saber dellos cuáles querían ir con él o cuáles fincar.]

«los que conmigo fuéredes — De dios ayades buen grado, »e los que acá fincáredes — quiérome ir vuestro pagado».

Entonces habló Álvar Fáñez — su primo cormano: «conusco iremos, Çid, — por yermos e por poblados, »ca nunca vos falleremos — en quanto seamos sanos »conusco spenderemos — las mulas e los cavallos »e los averes e los paños »siempre vos serviremos — como leales vasallos».

Entonces otorgaron todos — quanto dixo don Álvaro, mucho gradesçio mio Çid — quanto allí fue razonado...

Mio Çid movió de Vivar — pora Burgos adeliñado, assí dexa sus palacios — yermos e desheredados.

De los sos ojos — tan fuertemiente llorando, tornava la cabeça — i estávalos catando.

Vio puertas abiertas — e uços sin cañados, alcándaras vázias — sin pieles e sin mantos e sin falcones — e sin adtores mudados.

Sospiró mio Çid, — ca mucho avié grandes cuidados.

Fabló mio Çid — bien e tan mesurado:

«grado a ti, señor padre, — que estás en alto! »Esto me an buoloto — mios enemigos malos.»

reino. El Cid, leída, la carta, aunque lleno de pesar, no quiso dilatar la obediencia, que sólo se le dejaba un plazo de nueve días para ausentarse del reino.

1

El Cid convoca a sus vasallos; éstos se destierran con él. (Sigue el relato de la Crónica de Veinte Reyes y se continúa con versos de una Refundición del Cantar.—*Adios del Cid a Vivar* (aquí comienza el manuscrito de Per Abbat).

Convocó a sus deudos y vasallos, dijoles cómo el rey le mandaba abandonar su tierra dentro del corto plazo de nueve días, y que quería saber quiénes de ellos estaban dispuestos a desterrarse con él y quiénes no.

—Y a los que quisieren venir conmigo —añadió—, que Dios se lo pague; y de los que prefieran quedarse aquí, quiero despedirme como amigo.

Y su primo hermano, Álvar Fáñez, le contestó:

—Con vos, Cid, con vos iremos por yermos y poblados, y no os hemos de faltar mientras tengamos alientos. En vuestro servicio se nos han de acabar nuestros caballos y mulas, dinero y vestidos. Ahora y siempre hemos de ser vuestros leales vasallos.

Todos aprobaron lo que dijera don Álvaro, y el Cid lo agradeció mucho a todos. En seguida partió de Vivar, encaminándose a Burgos. Desiertos y abandonados quedan sus palacios.

Con los ojos llenos de lágrimas, volvía la cabeza para contemplarlos (por última vez). Y vio las puertas abiertas y los postigos sin candados; vacías las perchas, donde antes colgaban mantos y pieles, o donde solían posar los halcones y los azores mudados. Suspiró el Cid, lleno de tribulación, y al fin dijo así con gran mesura:

—¡Loado sea Dios! A esto me reduce la maldad de mis enemigos.

2

Agüeros en el camino de Burgos

Allí pienssan de aguijar, — allí sueltan las riendas. A la exida de Bivar, — ovieron la corneja diestra, e entrando a Burgos — ovieronla siniestra. Meçió mio Çid los ombros — y engrameó la tiesta: «albricia, Álvar Fáñez, — ca echados somos de tierra! »mas a grand ondra — tornaremos a Castilla.»

3

El Cid entra en Burgos

Mio Çid Roy Díaz, — por Burgos entróve, en sue conpañia — sessaenta pendones; exien lo veer — mugieres e varones, burgeses e burgesas, — por las finestras sone, plorando de los ojos, — tanto avien el dolore. De las sus bocas — todos dízian una razón: «Dios, qué buen vasallo, — ¡oviessse buen señore!»

4

Nadie hospeda al Cid.—Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.—El Cid se ve obligado a acampar fuera de la población, en la glera.

Conbidar le ien de grado, — mas ninguno non osava: el rey don Alfonso — tanto avié la grand saña. Antes de la noche — en Burgos dél entró su carta, con grand recabdo — e fuertemiente seellada: que a mio Çid Roy Díaz — que nadi nol diessen posada, e aquel que gela diessse — sopiesse vera palabra

2

Agüeros en el camino de Burgos

Ya aguijan, ya sueltan la rienda. A la salida de Vivar vieron la corneja al lado derecho del camino; entrando a Burgos, la vieron por el lado izquierdo. El Cid se encoge de hombros, y sacudiendo la cabeza:

—¡Albricias, Álvar Fáñez —exclama—; nos han desterrado, pero hemos de tornar con honra a Castilla!

3

El Cid entra en Burgos

Ya entra el Cid Ruy Díaz por Burgos; sesenta pendones le acompañan. Hombres y mujeres salen a verlo; los burgaleses y las burgalesas se asoman a las ventanas; todos afligidos y llorosos. De todas las bocas sale el mismo lamento:

—¡Oh Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

4

Nadie hospeda al Cid.—Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.—El Cid se ve obligado a acampar fuera de la población, en la glera.

¡Con cuánto gusto le hospedarían! Pero nadie osa, por miedo a la saña de don Alfonso. Antes de anoecer han llegado a Burgos cartas suyas con prevenciones muy severas y autorizadas por el sello real. Mandan que nadie dé posada al Cid Ruy Díaz, y que quien se atreva a hacerlo sepa por cierto que perderá sus bienes, y además los ojos

que perderie los averes — e más los ojos de la cara,
e aún demás — los cuerpos e las almas.
Grande duelo avien — las yentes cristianas;
ascóndese de mio Cid, — ca nol osan dezir nada.

El Campeador — adeliñó a su posada;
así como llegó a la puorta, — fallóla bien çerrada,
por miedo del rey Alfons, — que así lo pararan:
por si non la quebrantás, — que non gela abriessen por nada.
Los de mio Cid — a altas voces llaman,
los de dentro — non les querién tornar palabra.
Aguijó mio Cid, — a la puerta se llegaua,
sacó el pie del estribera, — una feridal dava;
non se abre la puerta, — ca bien era çerrada.

Una niña de nuef años — a ojo se parava:
«Ya Campeador, — en buena çinxiestes espada!
»El rey lo ha vedado, — anoch dél entró su carta,
»con grant recabdo — e fuertemiente seellada.
»Non vos osariemos — abrir nin coger por nada;
»si non, perderiemos — los averes e las casas,
»a aún demás — los ojos de las caras.
»Cid, en el nuestro mal — vos non ganades nada;
»mas el Criador vos vala — con todas sus virtudes santas.»

Esto la niña dixo — e tornós pora su casa.
Ya lo vede el Cid — que del rey non avie gracia.
Partiós dela puerta, — por Burgos aguijaua,
llegó a Santa María, — luego descavalga;
finçó los inojos, — de coraçón rogava;
La oraçión fecha, — luego cavalgava;
salió por la puerta — e Arlançón passava.
Cabo Burgos essa villa — en la glera posava,
fincava la tienda — e luego descavalgava.
Mio Cid Roy Diaz, — el que en buena çinxo espada,
posó en la glera — quando nol coge nadi en casa;
derredor dél — una buena conpañia.
Así posó mio Cid — como si fosse en montafia.
Velada l'an compra — dentro en Burgos la casa
de todas cosas — quantas son de vianda;
nol osarien vender — al menos dinarada.

de la cara y aun el cuerpo y el alma. Gran duelo tienen todos. Huyen de la presencia del Cid, no atreviéndose a decirle palabra.

El Campeador se dirigió a su posada; llegó a la puerta, pero se encontró con que la habían cerrado en acatamiento al rey Alfonso, y habían dispuesto primero dejarla romper que abrirla. La gente del Cid comenzó a llamar a voces; y los de adentro, que no querían responder. El Cid aguijó su caballo y, sacando el pie del estribo, golpeó la puerta; pero la puerta, bien remachada, no cedía.

A esto se acerca una niña de unos nueve años:

—¡Oh, Campeador, que en buen hora ceñiste espada! Sábete que el rey lo ha vedado, y que anoche llegó su orden con prevenciones muy severas y autorizadas por sello real. Por nada en el mundo osaremos abriros nuestras puertas ni daros acogida, porque perderíamos nuestros bienes y casa, amén de los ojos de la cara. ¡Oh, Cid: nada ganarías en nuestro mal! Sigue, pues, tu camino, y válgate el Criador con todos sus santos.

Así dijo la niña, y se entró en su casa. Comprende el Cid que no puede esperar gracia del rey y, alejándose de la puerta, cabalga por Burgos hasta la iglesia de Santa María, donde se apea del caballo y, de hinojos, comienza a orar. Hecha la oración, vuelve a montar, y, saliendo por la puerta de Santa María, cruza el Arlançón. Al lado de Burgos, pasado el río, está el arenal donde acampa, mandando izar la tienda y deja el caballo. Así el Cid Ruy Diaz, que en buena hora ciñó espada, cuando ve que no le acoge nadie, decide acampar en el arenal. Muchos son los que le acompañan. Allí se instala el Cid como en pleno monte. También le han vedado comprar sus viandas en el pueblo de Burgos, y nadie osaría venderle ni la ración mínima que se obtiene por un dinero.

Consejo del Cid con los suyos.—Preparativos secretos.—El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.—Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

A cabo de tres sedmanas, — la quarta quería entrar,
mio Cid con los sos — tornós a acordar:
«el agua nos han vedada, — exir nos ha el pan,
»que nos queramos ir de noch — no nos lo consintran;
»grandes son los poderes — por con ellos lidiar;
»dezidme, cavalleros, — cómo vos plazde de far.»
Primero fabló Minaya, — un cavallero de prestar:
«de Castiella la gentil — exidos somos acá,
»si con moros non lidiáremos, — no nos darán del pan.
»Bien somos nos seysçientos, — algunos ay de más;
»en el nombre del Criador, — que non passe por ál:
»vayámoslos ferir — en aquel día de crás.»
Dixo el Canpeador: — «a mi guisa fablastes;
»ondrástesvos, Minaya, — ca aver vos los iedes de far.»

Todos los moros e las moras — de fuera los manda echar,
que non sopiese ninguno — esta su poridad.
El día e la noche — piénsanse de adobar.
Otro día mañana, — el sol quiere apuntar,
armado es mio Cid — con quantos que él ha;
fablava mio Cid — como odredes contar:
«todos iscamos fuera, — que nadi non raste,
»sinon dos pedones solos — por la puerta guardar;
»si nos muriéremos en campo — en castiello nos entrarán,
»si venciéremos la batalla, — creçeremos en rictad.
»E vos, Per Vermudoz, — la mi seña tomad;
»como sodes muy bueno, — tener la edes sin arth;
»mas non aguijedes con ella, — si yo non vos lo mandar.»
Al Cid besó la mano, — la seña va tomar.

Abrieron las puertas, — fuera un salto dan;
viéronlo las arrobdas de los moros, — al almofalla se van
[tornar.
Qué priessa va en los moros! — e tornáronse a armar;

Consejo del Cid con los suyos.—Preparativos secretos.—El Cid sale a batalla campal contra Fáriz y Galve.—Pedro Bermúdez hiere los primeros golpes.

Al cabo de tres semanas, cuando ya se echaba encima la cuarta, el Cid convoca a consejo a los suyos.

—Ya nos han quitado el agua los moros — les dijo — y puede faltarnos el pan. Siquisierámos salir de noche, no nos dejarán. Sus fuerzas son grandes para que luchemos contra ellas. Decidme, pues, caballeros, lo que os parece mejor que hagamos.

Habló primero Minaya, ilustre caballero:

—Aquí hemos venido desde Castilla la gentil, y si no ha de ser luchando con moros no ganaremos nunca el pan. Bien llegamos a seiscientos y acaso más. En el nombre del Criador, que no se esponga otra cosa sino comenzar el ataque desde mañana.

Y el Campeador:

—Es muy de mi gusto cuanto habéis dicho, y con ello os habéis honrado, Minaya, que no podía esperarse menos de vos.

Y mandó echar fuera a todos los moros y moras, a fin de que no descubriesen su secreto. Todo el resto del día y la noche ocupan en armarse convenientemente, y a la mañana, cuando apuntaba la aurora, el Cid, y los suyos amanecen apercebidos.

Y dijo el Campeador lo que vais a oír:

Salgamos todos, no quede nadie, con excepción de dos peones que han de guardar la puerta. Si morimos en el campo, que nos entren en el castillo. Y si vencemos la batalla, nos habremos enriquecido. Vos, Pedro Bermúdez, tomad mi enseña: sois bueno, y la guardareis lealmente; pero no os adelantéis mientras no os lo mande.

Besó la mano al Cid y tomó la enseña.

Abrieron las puertas y salieron. Las avanzadas, al verlos, corren a decirlo a sus huestes. ¡Con qué prisa se están ar-

ante roído de atamores — la tierra quíer quebrar :
veriedes armarse moros, — apriessa entrar en az.
De parte de los moros — don señas ha cábdales,
e los pendones mezclados, — ¿qui los podrié contar?
Las azes de los moros — yas mueven adelant,
por a mio Çid e a los sos — a manos lo tomar.
«Quedas seed, mesnadas, — aquí en este logar,
»non derranche ninguno — fata que yo lo mánde.»
Aquel Per Vermudoz — non lo pudo endurar,
la seña tiene en mano, — conpeçó de espolonar:
«El Criador nos vala, — Çid Campeador leal!
»Vo meter la vuestra seña — en aquella mayor az ;
»los que el debdo avedes — veré como la acorrades.»
Dixo el Campeador: — «¡non sea, por caridad!»
Respuso Per Vermudoz: — «¡non rastará por all!»
Espolonó el cavallo — e metiol en el mayor az.
Moros le reçiben — por la seña ganar,
danle grandes colpes, — mas nol pueden falssar.
Dixo el Canpeador: — «¡valelde, por caridad!»

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Enbraçan los escudos — delant los coraçones,
abaxan las lanças — abueitas de los pendones,
enclinaron las caras — de suso de los arzones,
ívanlos ferir — de fuertes coraçones.
A grandes voces llama — el que en buen ora nació:
«¡feridos, cavalleros, — por amor del Criador!
»Yo so Roy Díaz, el Çid — de Bivar Campeador!»
Todos fieren en el az — do está Per Vermudoz.
Trezientas lanças son, — todas tienen pendones :
seños moros mataron, — todos de seños colpes ;
a la tornada que fazen — otros tantos muertos son.

36

Destrozan las haces enemigas

Veriedes tantas lanças — premer e alçar,
tanta adágara — foradar e passar,
tanta loriga — falsar e desmanchar,
tantos pendones blancos — salir vermejos en sangre,
tantos buenos cavallos — sin sos dueños andar.
Os moros llaman Mafómar — el los cristianos santi Yague.
Cadien por el campo — en un poco de logar
moros muertos — mill e trezientos ya.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

— ¡Quál lidia bien — sobre exorado arzón
mio Çid Ruy Díaz — el buen lidiador ;
Minaya Álvar Fáñez, — que Çorita mandó,
Martín Antolínez, — el Burgalés de pro.
Muño Gustioz — que so criado fo,
Martín Muñoz, — el que mandó a Mont Mayor,
Álvar Albaroz — e Álvar Salvadórez,
Galín Garciaz, — el bueno de Aragón.
Félez Muñoz — so sobrino del Canpeador!
Desí adelante, — quantos que y son,
acorren la seña — e a mio Çid el Canpeador.

38

Minaya, en peligro.—El Cid hiere a Fáriz

A Minaya Álvar Fáñez — matáronle el cavallo ;
bien lo acorren — mesnadas de cristianos.
La lança a quebrada, — al espada metió mano,
maguer de pie — buenos colpes va dando.

mando los moros! Tanto es el ruido de los tambores que se estremece la tierra. Vierais allí armarse a los moros y entrar prontamente en sus filas. Los moros traen dos enseñas principales, y las otras secundarias ¿quién las podría contar? Ya se adelantan las filas de los moros para encontrarse con el Cid y los suyos.

—Quietas, mesnadas. De aquí no se mueva nadie. No salga uno solo de las filas mientras yo no lo ordene.

Ya no puede contenerse Pedro Bermúdez. Lleva la enseña en la mano y espolea su corcel:

— ¡Oh leal Cid Campeador, el Criador os valga! Voy a meter nuestra enseña en la fila mayor. Ahora veremos cómo saben protegerla los que están obligados.

— ¡No lo hagáis, por caridad! — grita el Campeador.

— Pues no faltaría más — responde el otro ; y dando espuelas al caballo lo mete por entre la fila más compacta, donde los moros lo esperan para arrebatle la enseña, y aunque lo tiran grandes tajos no logran romperle (la loriga).

El Cid grita:

— ¡Auxiliadle, por caridad!

35

Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez

Embraçan frente a los pechos los escudos, enristran las lanças, envuelven los pendones, se inclinan sobre los arzones, con ánimo de acometer denodadamente.

El que en buen hora naciera dice a grandes voces:

— ¡A ellos, mis caballeros, en el nombre de Dios! ¡Yo soy Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador!

Todos dan sobre la fila en que está luchando Pedro Bermúdez. Son trescientas lanças con pendones, y de sendos golpes mataron a trescientos moros. Al revolverse cargan otra vez y matan otros trescientos.

36

Destrozan las haces enemigas

Allí vierais subir y bajar tantas lanças, pasar y romper tanta adarga, tanta loriga quebrantarse y perder las mallas, tantos pendones blancos salir enrojidos de sangre, tantos hermosos cavallos sin jinete. Los moros invocan a Mahoma y los cristianos a Santiago. En poco trecho yacían por el campo no menos de mil trescientos moros.

37

Mención de los principales caballeros cristianos

¡Oh qué bien lidia, sobre dorado arzón, el Cid Ruy Díaz, gran combatiente ; oh qué bien Minaya Álvar Fáñez, el que tuvo mando en Zurita ; Martín Antolínez, el ilustrado burgalés, y Muño Gustioz, que fue su criado ; y Martín Muñoz, el que mandó en Monte Mayor ; y Álvar Álvar, y Álvar Salvadórez, y Galindo García el buen aragonés, y Félez Muñoz, sobrino del Cid! Cuantos hay, todos acuden en auxilio del Cid y de su enseña.

38

Minaya, en peligro.—El Cid hiere a Fáriz

Las mesnadas de cristianos auxilian a Minaya Álvar Fáñez, porque le han matado el caballo. También se le ha roto la lança, pero mete mano a la espada y, aunque desmontado, va dando unos tajos furibundos. Violó el Cid

Violo mio Çid — Roy Díaz el Castellano,
acostós a un aguazil — que tenié buen cavallo,
diol tal espada — con el so diestro braço,
cortól por la cintura, — el medio echó en campo.
A Minaya Álvar Fáñez — ival dar el cavallo;
«Cabalgad, Minaya, — vos sodes el mio diestro braço!
»Oy en este día — de vos abré grand bando;
»firme'son los moros — aún nos' van del campo,
»a menester — que los cometamos de cabo.»
Cavalgó Minaya, — el espada en la mano,
por estas fuerças — fuerte mientras lidiando,
a los que alcança — valos delibrando.
Mio Çid Roy Díaz, — el que en buena nasco,
al rey Fáriz — tres colpes le avié dado;
los dos le fallen, — y el únol ha tomado,
por la loriga ayuso — la sangre destellando;
bolvió a rienda por irsele del campo.
Por aquel golpe — rancado es el fonssado.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados

Martín Antolínez — un golpe dio a Galve,
las carbonclas del yelmo — echógelas aparte,
cortól el yelmo, — que llegó a la carne;
sabet, el otro — non gel osó esperar.
Arrancado es — el rey Fáriz e Galve;
¡tan buen día — por la cristiandad,
ca fuyen los moros — della e della part!
Los de mio Çid — firiendo en alcaz,
el rey Fáriz — en Terrer se fo entrar,
e a Galve — nol cogieron allá;
para Calatayuth — quanto puede se va.
El Campeador — ivale en alcaz,
fata Calatayuth — duró el segudar.

Ruy Díaz el castellano, y acercándose a un general moro que traía un caballo excelente, tiróle un tajo con la diestra que, cortándole por la cintura, le echó al suelo la mitad del cuerpo. Después se acercó a Álvar Fáñez para darle el caballo.

—A caballo, Minaya. Vos sois mi brazo derecho. Hoy necesito vuestra ayuda. Ved que los moros están firmes; aún no los echamos del campo; fuerza es que acabemos con ellos.

Montó Minaya sin soltar la espada de la mano, y siguió luchando denodadamente por entre las fuerzas enemigas: a cuantos alcanza los deshace. En tanto, el bienhadado Cid Ruy Díaz le lanza al emir Fáriz tres golpes: dos le fallan, pero el tercero le acierta, y escurre la sangre por la loriga abajo. El emir volvió grupas, tratando de abandonar el campo: de sólo aquel golpe queda derrotado el ejército.

39

Galve, herido, y los moros, derrotados

Martín Antolínez asestó tan tremendo tajo al moro Galve que le arranca los rubies del yelmo y, partiendo el yelmo, entra en la carne. No quiso esperar el emir el segundo golpe. Derrotados están los emires Fáriz y Galve: gran día para la cristiandad, que ya de una y otra parte huyen los moros.

Al alcance los van atacando los del Cid. El emir Fáriz se refugió en Terrer, y a Galve no lo quisieron recibir, por lo que huye hacia Calatayud a toda rienda. El Campeador le sigue de cerca, y la persecución continúa hasta Calatayud.

40

Minaya ve cumplido su voto.—Botín de la batalla.—El Cid dispone un presente para el rey

A Minaya Álbar Fáñez — bien l'anda el cavallo,
daquestos moros — mató treinta e quatro;
espada tajador, — sangriento trae el braço,
por el cobdo ayuso — la sangre destellando.
Dize Minaya: — «agora so pagado,
»que a Castiella — irán buenos mandados,
»que mio Çid Roy Díaz — lid campal a arrancado.»
Tantos moros yazen muertos — que pocos bivos a de-
Ca en alcaz — sin dubda les foron dando.
Yas tornan — los del que en buen ora nasco.
Andava mio Çid — sobre so buen cavallo,
la cofia fronzida — ¡Dios, cómo es bien barbado!
almófar a cuestas, — la espada en la mano.
Vio los sos — commos van allegando:
«Grado a Dios, — aquel que está en alto,
»quando tal batalla — avemos arrancado.»
Esta albergada — los de mio Çid luego la an robado
de escudos e de armas — e de otros averes largos;
de los moriscos, — quando son llegados,
ffallaron — quinientos e diez cavallos.
Grand alegría va — entre esos cristianos,
más de quinze de los sos — menos non fallaron.
Traen oro e plata — que non saben recabdo;
refechos son — todos esos cristianos
con aquesta ganancia — que y avién fallado.
A so castiello a los moros — dentro los an tornados,
mandó mio Çid — aún que les diessen algo.
Grant a el gozo mio Çid — con todos sos vasallos.
Dio a partir estos dineros — e estos averes largos;
en la su quinta — al Çid caen cient cavallos.
¡Dios, qué bien pagó — a todos sus vasallos,
a los peones — e a los encavalgados!

40

Minaya ve cumplido su voto.—Botín de la batalla.—El Cid dispone un presente para el rey

El caballo le salió bueno a Minaya Álvar Fáñez, y así pudo matar hasta treinta y cuatro moros. ¡Oh tajante espada, y cuán ensangrentado trae el brazo, escuriéndole por el codo la sangre!

—Ahora sí que estoy satisfecho —dice Minaya—. Ahora llegarán a Castilla las buenas nuevas de que mi Cid Ruy Díaz ha salido victorioso en guerra campal.

Hay tantos moros muertos, que apenas quedan supervivientes.

Los de aquel que nació en buen hora los han ido persiguiendo, y ya están de regreso. Veíase al Cid sobre su caballo, espada en mano, fruncida la cofia (sobre la cara) y caída sobre la espalda la capucha de la loriga. ¡Oh Dios, qué bien barbado que es!

Viendo venir a los suyos exclama:

—Gracias a Dios, que está en los cielos, nuestra es la victoria.

Los de Mio Cid se entregan después a saquear el campamento, recogiendo escudos, armas y abundantes riquezas. Juntaron hasta quinientos diez caballos de los moriscos, y grande es su alegría cuando advierten que sus bajas no pasan de quince. No saben ya ni dónde poner tanto oro y plata. Enriquecidos están con el botín. Vuelven a recibir en el castillo a los moros que los servían, y aún manda el Cid que les den algo. El Cid y sus vasallos se regocijan, y ordena aquél que sean distribuidas las ganancias. Sólo en la quinta del Cid entran cien caballos. ¡Oh Dios, qué bien paga a los suyos, así peones como jinetes! ¡Qué bien sabe hacerlo todo el bienhadado; todos los que le acompañan quedan contentos!

Bien lo aguisa — el que en buen ora nasco,
 quantos él trae — todos son pagados.
 «Oid, Minaya, sodes — mio diestro braçol
 »D'aquesta riqueza — que el Criador nos a dade
 »a vuestra guisa — prended con vuestra mano.
 »Enbiar vos quiero — a Castiella con mandado
 »desta batalla — que avemos arrancado ;
 »al rey Alfons — que me a ayrado
 »quíerol enbiar — en don treinta cavallos,
 »todos con siellas — e muy bien enfrenados,
 »señas espadas — de los arcones colgando.»
 Dixo Minaya Alvar Fáñez: — «esto faré yo de grado.»

41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

—«Evades aquí — oro e plata fina,
 »una uesa lleña, — que nada nol mingua ;
 »en Santa María de Burgos — quitedes mill missas,
 »lo que romaneçiere — daldo a mi mugier e a mis fijas,
 »que ruegen por mí — las noches e los días ;
 »si les yo visquiero, — serán dueñas ricas.»

42

Minaya parte para Castilla

Minaya Alvar Fáñez — desto es pagado ;
 por ir con él — omnes son contados.
 Agora davan çevada, — ya la noch avie entrado,
 mio Çid Roy Díaz — con los sos se acordando:

—Oíd, Minaya, mi brazo derecho: de esta riqueza que
 Dios nos ha enviado, tomad cuanto os plazca. Y quiero
 que vayáis a Castilla a dar cuenta de esta victoria, porque
 deseo obsequiar al rey Alfonso, que me desterró, con treinta
 caballos, todos con sus sillas y frenos y espadas al arzón.
 —Que me place —dijo Alvar Fáñez.

41

El Cid cumple su oferta a la catedral de Burgos

—He aquí oro y fina plata —continuó el Cid— hasta col-
 mar esta bota por completo. Pagaréis mil misas en Santa
 María de Burgos ; lo que sobre sea para mi mujer e hijas ;
 que rueguen por mí de día y de noche. Si Dios me da vida,
 llegarán a ser damas opulentas.

42

Minaya parte para Castilla

Alvar Fáñez está muy contento de la embajada. Designan
 a los que le han de acompañar, y dan cebada a las
 bestias, ya entrada la noche. En tanto el Cid Ruy Díaz
 reúne a los suyos en consejo.

46

Abandono de Alcocer.—Buenos agüeros.—El Cid se asienta en el Poyo, sobre Monreal

Quando mio Çid — el castiello quiso quitar,
 moros e moras — tomáronse a quejar:
 «¿vaste mio Çid ; — nuestras oraciones váyante delantel
 »Nos pagados finçamos, — señor, de la tu part.»
 Quando quitó a Alçoçer — mio Çid el de Bivar,
 moros e moras — compeçaron de llorar.
 Alçó su seña, — el Campeador se va,
 passo Salón ayuso, — aguijó cabadelant,
 el exir de Salón — mucho ovo buenas aves.
 Plogo a los de Terrer — e a los de Calatayut más,
 pesó a los de Alçoçer — ca pro les fazié grant.
 Aguijó mio Çid, — ivas cabadelant,
 y ffincó en un poyo — que es sobre Mont Real ;
 alto es el poyo, — maravilloso e grant ;
 non teme guerra, — sabet, a nulla part.
 Metió en paria — a Daroca enantes,
 desí a Molina, — que es de otra part,
 la terçera Teruel, — que estaba delant ;
 en su mano tenié — a Çelfa la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.—Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

Mio Çid Roy Díaz — de Dios aya su gracial
 Ido es a Castiella — Alvar Fáñez Minaya,
 treynta cavallos — al rey los enpresentava ;
 vídolos el rey, — fermoso sonrisava:
 «¿quin los dio éstos, — si vos vala Dios, Minaya!»

46

Abandono de Alcocer.—Buenos agüeros.—El Cid se asienta en el Poyo, sobre Monreal

Cuando ven que el Cid va a abandonar el castillo, los
 moros y moras cautivos comienzan a quejarse: «¿Te vas,
 pues, oh Cid? Te acompañan nuestras oraciones Señor, te
 quedaremos agradecidos.» Al salir de Alcocer el Cid, los
 moros y las moras están llorando. El Campeador se aleja,
 en alto su enseña, encaminándose hacia abajo del río Ja-
 lón. Al pasar el río, las aves le dieron buenos agüeros. Si
 contentos quedan los de Terrer y más aún los de Calata-
 yud, a los de Alcocer les pesa mucho, porque el Cid les
 era benéfico. El Cid caminaba, y así continuó hasta llegar
 al Poyo, que está sobre Monreal: es alto, grande y mara-
 villosamente de ver; por ningún lado podrían alcanzarlo los
 enemigos. Comenzó por someter a tributo a Daroca, y
 más allá a Teruel y al fin a Cella, la del Canal.

47

Minaya llega ante el rey.—Éste perdona a Minaya, pero no al Cid

No deje Dios de su gracia al Cid Ruy Díaz. Alvar Fáñez
 Minaya ha partido ya para Castilla, y presenta al rey los
 treinta caballos. El rey los admira con una sonrisa de com-
 placencia:
 —Minaya, así Dios te valga: ¿quién me manda seme-
 jante regalo?

—«Mio Cid Roy Díaz, — que en buen ora cinxo espada.
 »Pues quel vos ayarastes, — Alcoçer ganó por maña:
 »al rey de Valençia — dello el mensaje llegava,
 »mandólo y çercar, — e tolléronle el agua.
 »Mio Cid salió del castiello — en campo lidiava,
 »venció dos reyes de moros — en aquesta batalla,
 »sobejana es, — señor, la sue ganancia.
 »A vos, rey ondrado, — enbia esta presentaja;
 »bésavos los pïedes — e las manos amas
 »quel ayades merçed, — si el Criador vos vala.»
 Dixo el rey: — «mucho es mañana,
 »omne ayrado, — que de señor non ha graçia,
 »por acogello — a cabo de tres sedmanas.
 »Mas después que de moros fo, — preno esta presentaja;
 »aun me plaze de mio Cid — que fizo tal ganancia.
 »Sobresto todo, — a vos quito, Minaya,
 »honores e tierras — avellas condonadas,
 »id e venit, — d'aquí vos do mi graçia;
 »mas del Cid Campeador, — yo non vos digo nada.

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid

»Sobre aquesto todo, — decir vos quiero, Álvar Fáñez:
 »de todo mi reyno — los que lo quisieren far,
 »buenos e valientes — pora mio Cid huyar,
 »suétoles los cuerpos — e quítoles las heredades.»
 Besóle las manos — Minaya Álvar Fáñez:
 «Grado e gracias, rey, — commo a señor natural;
 »esto feches agora, — al feredes adelant;
 »con Dios nós guisaremos — commo vós lo çagades.»
 Dixo el rey: «Minaya, — ... esso sea de vagar.
 »Id por Castiella — e déxenvos andar,
 »si nulla dubda — id a mio Cid buscar.»

—El Cid Ruy Díaz, que en buen hora ciñó espada. Después que le desterrasteis, logró, valiéndose de un ardid, ganar a Alcoçer. Súpolo el rey de Valencia por un mensaje, y mandó que lo cercaran; y, en efecto, le cortaron el agua. Pero el Cid salió del castiello a lidiar en campo y venció a dos emires: enormes han sido sus ganancias, señor. Y a vos, rey honrado, os envía hoy este presente, y os besa los pies y las manos para pedirlos que le hagáis merced, en nombre de Dios.

—Muy pronto es —dijo el rey— para acoger al cabo de unas cuantas semanas a un desterrado que perdió la gracia de su señor. Pero acepto el presente, por venir de patrimonio de moros, y aun confieso que me alegro de las ganancias del Cid. Y sobre todo, Minaya, a vos os perdono y os restituyo honores y tierras, y os doy mi permiso para que entréis y salgáis a vuestro antojo. Pero respecto al Cid, no quiero deciros nada más.

48

El rey permite a los castellanos irse con el Cid

Aún añadiré algo, Álvar Fáñez, y es que a todos los hombres buenos y valientes de mi reino que quieran ir a ayudar al Cid, les doy permiso, y no les confiscaré sus bienes.

Minaya Álvar Fáñez, besándole las manos, exclama: —¡Gracias, gracias, mi rey y señor natural! Esto concedéis por ahora: mañana concederéis algo más, y para ello pondremos nosotros de nuestra parte todo lo que podamos.

Dijo el rey: —No se hable más de esto, Minaya, sino id con toda libertad por Castilla, y reuníos al Cid sin temor de que se os moleste.

Dexarévos las posadas, — non las quiero contar.
 Demandó por Alfonso, — do lo podrie fallar.
 Fora el rey a San Fagunt — aun poco ha,
 tornós a Carrión, — i lo podrie fallar.
 Alegre fo de aquesto — Minaya Álvar Fáñez,
 con esta presentaja — adeliñó pora allá.

81

Minaya saluda al rey

De missa era exido — essora el rey Alfonso,
 afe Minaya Álvar Fáñez — do llega tan apuosto;
 fincó sos inojos — ante tod el puoblo,
 a los pïedes del rey Alfons — cayó con gran duolo,
 besávale las manos — a fabló tan apuosto:

82

*Discurso de Minaya al rey.—Envidia de Garci Ordóñez.—
 El rey perdona a la familia del Cid.—Los infantes de Carrión codician las riquezas del Cid.*

«Merçed, señor Alfonso, — por amor del Criador!
 »Besávavos las manos — mio Cid lidiador,
 »los pïedes e las manos, — commo a tan buen señor,
 »quel ayades merçed — sí vos vala el Criador!
 »Echástesles de tierra, — non ha la vuestra amor:
 »maguer en tierra agena, — él bien faze lo so:
 »ganada a Xéica — e a Onda por nombre,
 »priso a Almenar — e a Murviedro que es miyor,
 »assi fizo Çebolla — e adelant Castejón,
 »e Peña Cadiella, — que es una peña fuort;
 »con aquestas todas — de Valençia es señor,
 »obispo fizo de su mano — el buen Campeador,
 »e fizo çinco lides campales — e todas las arrancó.

hablar de todas las posadas que hizo; no quiero contarlas. Un día, al fin, pregunta dónde se hallaba el rey don Alfonso, y averiguando que ha poco saliera para Sahagún, y de allí se encaminara para Carrión, donde sería fácil encontrarlo, Minaya Álvar Fáñez, siempre de buen ánimo, para allá se encaminó derecho, llevando consigo sus presentes.

81

Minaya saluda al rey

Apenas salía de misa el rey Alfonso, hete aquí a Minaya, por do viene, tan apuesto y gentil. Arrodillase a la vista de todo el pueblo, cae con gran duelo a los pies del rey, le besa repetidas veces las manos, y dice así:

82

*Discurso de Minaya al rey.—Envidia de Garci Ordóñez.—
 El rey perdona a la familia del Cid.—Los infantes de Carrión codician las riquezas del Cid.*

—¡Merced, señor don Alfonso, por amor de Dios! El Cid, ese gran guerrero, os besaba las manos, os besaba manos y pies, como corresponde a tan buen señor, y os pedía —así os premie Dios— que le hagáis merced. Vos lo desterrasteis, le privasteis de vuestro amor; allá, aunque en tierra extraña, él se las arregla no muy mal: ha ganado a Jérica y a la llamada Onda; a tomado Almenara y Murviedro, que todavía es mejor; lo mismo hizo con Puig y con Castellón de la Plana (1), y con Benicadell, que es una peña muy fuerte; y, en fin, ya es señor de Valencia, donde ha creado por su mano un obispo y se ha batido en

(1) Tierras de Burriana, pág. 98.

»Grandes son las ganancias — quel dio el Criador,
 »fevos aquí las señas, — verdad vos digo yo:
 »cient cavallos — gruesos e corredores,
 »de siellas e de frenos — todos guarnidos son,
 »bésavos las manos — que los prendades vos;
 »razonas por vuestro vasallo — e a vos tiene por señor.»

Alçó la mano diestra, — el rey se santigó:
 «De tan fieras ganancias — como a fechas el Campeador
 »¡sí me vala sant Esidre! — plázme de coraçón,
 »e plázme de las nuevas — que faze el Campeador;
 »reçibo estos cavallos — quem enbía de don.»

Maguer plago al rey, — mucho pesó a Garci Ordóñez:
 «Semeja que en tierra de moros — non a bivo omne,
 »quando assí faze a su guisa — el Çid Campeador!»
 Dixo el rey al comde: — «dexad essa razón,
 »que en todas guisas — mijor me sirve que vos.»

Fablava Minaya i — a guisa de varón:
 »merçed vos pide el Çid, — si vos cadiesse en sabor,
 »por su mugier doña Ximena — e sus fijas amas a dos
 »saldrien del monesterio — do elle las dexó,
 »e irién pora Valencia — al buen Campeador.»
 Essora dixo el rey: — «Plazme de coraçone;

»yo les mandaré dar conducho — mientras que por mi tierra
 »de fonta e de mal — curiallas e de desonore; [foren,
 »quando en cabo de mi tierra — aquestas dueñas foren,
 »catad cómo las sirvades — vos e el Campeadore.

»Oídme, escuelas, — e toda la mi cort!
 »non quiero que nada — pierda el Campeador;
 »a todas las escuelas — que a él dizen señor
 »por que los deseredé, — todo gelo suelto yo;
 »sirvanle'sus heredades — do fore el Campeador,
 »atrégoles los cuerpos — de mal e de ocasión,
 »por tal fago aquesto — que sirvan a so señor.»

Minaya Albar Fáñez — las manos le besó.
 Sonrrisós el rey, — tan vellido fabló:
 »Los que quisieren ir — servir al Campeador,
 »de mí sean quitos — e vayan a la graçia del Criador.
 »Más ganaremos en esto — que en otra desamor.»

cinco lides campales, triunfando en todas. Grandes ganancias le ha dado Dios, y he aquí las pruebas de que os digo verdad: cien caballos, fuertes y corredores, provistos de sillas y de frenos, que el Cid os suplica que aceptéis. Es (como siempre) vuestro vasallo y (como siempre) os tiene por su señor.

El rey, alzando la diestra, se santigua:

— ¡Válgame San Isidorol! ¡Y cuánto me alegro de esas inmensas ganancias que ha hecho el Campeador y de sus continuas hazañas! Los caballos con que me obsequia, los acepto.

Peró lo que complace al rey, a Garci Ordóñez le pesa: — Se dijera — observa — que no hay un solo hombre vivo en tierra de moros según pone y dispone a su guisa el Campeador.

Y el rey dijo al conde:

— Callad ya, conde; que me sirve mejor que vos en todo caso.

Y Minaya, el esforzado varón, prosiguió entonces:

— Si os pluguiese, oh rey, el Cid os pide merced de que le dejéis sacar a su mujer, doña Jimena, y a sus dos hijas del monasterio en que las dejó, y llevárselas consigo a Valencia.

Entonces habló el rey así:

— Pláceme de coraçón. Yo les mandaré las provisiones mientras viajen por mi reino, y las guardaré de todo daño y afrenta; cuanto lleguen a la frontera estas damas, entonces cuidaréis de ellas vos mismo y el Campeador. ¡Ea, pues, mesnadas y toda la corte, escuchadme!: No quiero que pierda nada el Cid. A todos aquellos que le reconocen por señor, les restituí yo cuanto les había confiscado; queden en posesión de sus bienes doquier que se hallen al lado del Cid; les aseguro que no recibirán mal ni daño grave; y todo esto lo hago por tal de que sirvan bien a su señor.

Minaya Alvar Fáñez le besaba las manos, y el rey, sonriendo, continuaba así, hermosamente:

Aquí entraron en fabla — iffantes de Carrión:
 «Mucho creçen las nuevas — de mio Çid el Campeador,
 »bien casariemos con sus fijas — pora huebos de pro.
 »Non la osariemos — acometer nos esta razón.
 »Mio Çid es de Bivar — e nos de comdes de Carrión.»
 Non lo dizen a nadi — e fincó esta razón.

Minaya Albar Fáñez — al buen rey se espidió.
 «¡Hya vos ides, Minaya? — id a la graçia del Criador!
 »Levedes un portero, — tengo que vos avrá pro;
 »si leváredes las dueñas, — sirvanlas a su sabor,
 »fata dentro en Medina — denles quanto huebos les for,
 »desi adelant — piense dellas el Campeador.»
 Espidió Minaya — e vasse de la cort.

Minaya va a Cardeña por doña Jimena.—Más castellanos se prestan a ir a Valencia.—Minaya en Burgos.—Promete a los judíos buen pago de la deuda del Cid.—Minaya vuelve a Cardeña y parte con Jimena.—Pedro Bermúdez parte de Valencia para recibir a Jimena.—En Molina se le une Abengalbón.—Encuentran a Minaya en Medinaceli.

Iffantes de Carrión — so consejo preso ane,
 dando ivan compañía — a Minaya Albar Fáñez:
 «En todo sodes pro, — en esto assí lo fagades:
 »saludadnos — a mio Çid el de Bivare,
 »somos en so pro — quanto lo podemos fare;
 »el Çid que bien nos quiera — nada non perderave.»
 Respuo Minaya: «esto non me a por qué pesare.»
 Ido es Minaya, — tórnanse los iffantes.
 Adelió para San Pero, — o las dueñas están,
 tan grand fue el gozo — quandol vieron assomar.

— Los que quieran ir a servir al Campeador, reciban mi venia y vayan en gracia de Dios. Más ganaremos con esta merced que con otro nuevo castigo.

Aquí los infantes de Carrión pusiéronse a departir:

— Mucho van creciendo las hazañas de este Cid. No nos vendría mal casarnos con sus hijas para atender a nuestro provecho. Pero la verdad, no nos atrevemos a proponerle el proyecto: el Cid es de la aldea de Vivar y nosotros somos todos unos condes de Carrión.

A nadie quieren comunicarlo, y (por ahora), así quedó todo. Ya se despide del buen rey Minaya Alvar Fáñez:

— ¡Os vais, pues, Minaya? El Creador os tenga en su santa gracia. «Lleaos un mensajero real, que puede servir. Si habéis de acompañar a las damas, sean debidamente atendidas; dénsles cuanto necesitaren hasta Medinaceli, y en adelante cuide de ellas el Campeador.» Y Minaya se despidió del rey y de la corte.

Minaya va a Cardeña por doña Jimena.—Más castellanos se prestan a ir a Valencia.—Minaya en Burgos.—Promete a los judíos buen pago de la deuda del Cid.—Minaya vuelve a Cardeña y parte con Jimena.—Pedro Bermúdez parte de Valencia para recibir a Jimena.—En Molina se le une Abengalbón.—Encuentran a Minaya en Medinaceli.

Ya los infantes de Carrión están decididos; salen a acompañar a Minaya Alvar Fáñez, y le dicen (por el camino):

— Siempre sabéis ser buen amigo; sedlo ahora para nosotros; saludad de nuestra parte al Cid de Vivar, y decidle que cuenta con ambos para todo aquello en que podamos servirle, y que nada perderá con terneros por suyos.

Respuo Minaya:

*El rey sale a recibir a los del Cid.—Envidia
de Garcí Ordóñez*

Alegre fo el rey, — non vidiestes atanto,
mandó cavalgar apriessa — todos sos fijos dalgo
i en los primeros — el rey fuera dio salto,
a veer estos mensajes — del que en buen ora nasco.
Infantes de Carrión, — sabet, is açertaron,
e comde don García, — del Cid so enemigo malo.
A los unos plaze — e a los otros va pesando.
A ojo los avien — los del que en buen ora nasco,
cuédanse que es almofalla, — ca non vienen con mandado;
el rey don Alfonsso — seise santiguando.
Minaya e Per Vermudoz — adelante son llegados,
firiéronse a tierra, — diçieron de los cavallos;
antel rey Alfons — los inojos fincados,
besan la tierra — e los pieder amos:
«Merçed, rey Alfonsso, — sodes tan ondrado!
»por mio Cid Campeador — todo esto vos besamos;
»a vos llama por señor, — e tienes por vuestro vassallo.
»mucho preçia la ondra — el Cid quel avedes dado.
»Pocos días ha, — rey, que una lid a arrancado:
»a aquel rey de Marruecos, — Yúcef por nombrado,
»con cinquenta mill — arrancólos del campo.
»Los ganados que fizo — muchos son sobejanos,
»ricos son venidos — todos los sos vassallos,
»e embiavos dozientos cavallos, — e bésavos las manos.»
Dixo rey don Alfons: — «Reçibolos de grado.
»Gradéscolo a mio Cid — que tal don me ha enbiado;
»aún vea ora — que de mí sea pagado.»
Esto plogo a muchos — e besáronle las manos.
Pesó al comde don García, — e mal era irado;
con diez de sos parientes — aparte davan salto:
«¡Maravilla es del Cid, — que su ondra creçe tanto!

*El rey sale a recibir a los del Cid.—Envidia
de Garcí Ordóñez*

Mucho se alegra el rey; habíais de verlo. Mandó cabalgar a sus hidalgos, y salió él a la cabeza para recibir los mensajes del que en buen hora es nacido. Y los infantes de Carrión, vuelta a cavilar; y lo mismo el conde don García, enemigo irreconciliable del Cid. Lo que a unos place, a otros pesa. Ya están a la vista los del que en buen hora nació, y más que simples mensajeros se diría que eran un ejército: el rey don Alfonso se hace cruces. Ya se adelantan Minaya y Pedro Bermúdez; bajan del caballo, echan pie a tierra y se arrodillan ante el rey Alfonso, besando el suelo y sus plantas.

—¡Merced, don Alfonso, rey honrado! Aquí estamos a vuestros pies en nombre del Campeador, que os llama señor y se reconoce vuestro vasallo, apreciando en mucho lo que habéis querido otorgarle. Hace pocos días, rey, ha tenido un triunfo con las armas: ha vencido en campo a aquel rey Yúsuf de Marruecos y a sus cincuenta mil hombres. Grande es el botín, los vasallos se han enriquecido, y el Cid os envía como presente estos doscientos caballos y os besa la mano.

—Los recibo con mucho gusto —dijo el rey— y agradezco mucho al Cid el presente que me envía. Dios me dé ocasión de corresponderle.

A muchos complacieron estas palabras, y se acercaron a besar las manos del rey. Pero le pesaron al conde don García, que, muy iracundo, se apartó con diez parientes suyos hablando así:

—Me maravillo de que así prospere en honras el Cid. Más gana él, más nos envileceremos nosotros. Y por sólo esas fáciles hazañas de vencer reyes en el campo, como si

»En la ondra que él ha — nos seremos abiltados;
»por tan biltadamiento — vençer reyes del campo,
»comme si los fallase muertos — aduzirse los cavallos,
»por esto que él fase — nos abremos enbargo.»

El rey muéstrase benévolo hacia el Cid

Fabló el rey don Alfons — odredes lo que diz:
«Grado al Criador — e a señor sant Esidre,
»estos dozientos cavallos — quem enbía mio Cid.
»Mio reyno adelant — mejor me podrá servir.
»A vos Minaya Álvar Fáñez — e a Per Vermudoz aquí
»mándavos los cuorpos — ondradamiento vestir
»e guarnirvos de todas armas — commo vos dixiéredes aquí,
»que bien parescades — ante Roy Díaz mio Cid:
»dovos tres cavallos — e prendedlos aquí.
»Assí commo semeja — e la voluntad me lo diz,
»todas estas nuevas — a bien abrán de venir.»

Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid

Besáronle las manos — y entraron a posar;
bien los mandó servir — de quanto huebos han.
D'iffantes de Carrión — yo vos quiero contar,
fablando en so conssejo, — aviendo su poridad.
«Las nuevas del Cid — mucho van adelant,
»demandemos sus fijas — pora con ellas casar;
»crepremos en nuestra ondra — e iremos adelant.»
Vinien al rey Alfons — con esta poridad:

El rey muéstrase benévolo hacia el Cid

Aquí habló el rey don Alfonso, bien oiréis lo que dijo:
—¡Loado sea Dios, y también señor San Isidoro! Hoy el Cid me envía estos doscientos caballos. En lo sucesivo de mi reinado, espero de él mayores servicios. A vos, Minaya Álvar Fáñez, y también a Pedro Bermúdez, mando que se os den ricas vestiduras y se os provea de las armas que escojáis, para que lleguéis muy apuestos a presencia del Cid Ruy Díaz. Tomad de aquí mismo tres caballos. Se me figura, y me da el corazón, que en algo bueno han de parar todas estas cosas.

Los infantes de Carrión piensan casar con las hijas del Cid

Besáronle las manos en señal de agradecimiento, y entraron a reposar. Se les mandó proveer de cuanto necesitaban.

Y ahora voy a hablaros de los infantes de Carrión, que andaban por ahí en cabilleos a solas:

—Mucho prosperan los negocios del Cid —se dicen—. Pidámosle las hijas en matrimonio, que nos ha de aprovechar de mil modos.

Y fueron con esta súplica al rey.

comme ellos tenien, — creçer les ya la ganancia,
 quantos quisiessen — averes d'oro o de plata.
 El rey don Alfonso — a priessa cavalgava,
 cuermes e podestades — e muy grandes mesnadas.
 Ifantes de Carrión — lievan grandes compañías.
 Con el rey van leoneses — e mesnadas gallizianas,
 non son en cuenta, — sabet, las castellanas;
 suelta las riendas, — a las vistas se van adeliñadas.

104

El Cid y los suyos se disponen para ir a las vistas.—Parten de Valencia.—El rey y el Cid se avistan a orillas del Tajo.—Perdón solemne dado por el rey al Cid.—Convites.—El rey pide al Cid sus hijas para los infantes.—El Cid confía sus hijas al rey, y éste las casa.—Las vistas acaban.—Regalos del Cid a los que se despiden.—El rey entrega los infantes al Cid.

Dentro en Valencia — mio Cid el Campeador
 non lo detarda, — pora las vistas se adobó.
 Tanta gruessa mula — e tanto palafre de sazón,
 tanta buena arma — e tanto buen cavallo corredor,
 tanta buena capa — e mantos e pellicones;
 chicos e grandes — vestidos son de colores.
 Minaya Albar Fáñez — e aquel Per Vermudoz,
 Martín Muñoz — *el que mandó a Mont Mayor*,
 e Martín Antolínez, — el Burgalés de pro,
 el obispo don Jerome, — coronado mejor,
 Albar Alvaroz, — Alvar Salvadórez,
 Muño Gustioz, — el caballero de pro,
 Galind Garçiaz, — el que fo de Aragón:
 estos se adoban — por ir con el Campeador,
 e todos los otros — quantos que i son.
 Alvar Salvadórez — e Galind Garçiaz el de Aragón,
 a aquestos dos — mandó el Campeador

Alfonso, llevando consigo condes y podestades y numerosas mesnadas.

También llevan mucha compañía los infantes de Carrión. Con el rey van leoneses, mesnadas gallegas, y las castellanas son incontables. A toda rienda se dirigen hacia el lugar de las vistas.

104

El Cid y los suyos se disponen para ir a las vistas.—Parten de Valencia.—El rey y el Cid se avistan a orillas del Tajo.—Perdón solemne dado por el rey al Cid.—Convites.—El rey pide al Cid sus hijas para los infantes.—El Cid confía sus hijas al rey, y éste las casa.—Las vistas acaban.—Regalos del Cid a los que se despiden.—El rey entrega los infantes al Cid.

También el Cid Campeador, en Valencia, se está preparando para las vistas. Robustas mulas, excelentes palafrenes, ricas armas, corredores caballos, lujosas capas, mantos y pieles, y trajeados con vistosos colores los chicos y los grandes. Minaya Alvar Fáñez, Pedro Bermúdez, Martín Muñoz, gobernador de Montemayor, Martín Antolínez, el burgalés de pro, y el obispo don Jerónimo, claro sacerdote, Alvaro Álvarez y Alvaro Salvadórez, Muño Gustioz, el ilustre caballero, Galindo García, el de Aragón, todos se disponen a acompañar al Cid, y cuantos se encuentran a su lado hacen lo propio.

A Alvaro Salvadórez y a Galindo García, el de Aragón, les encarga el Campeador la custodia de Valencia y los que en ella quedan; y que no se abriesen de día ni de noche las puertas del alcázar; que dentro quedan su mujer y sus dos hijas, dueñas de su alma y corazón, y las

que curien a Valencia — d'alma e de corazón,
 e todos los otros — que en poder d'essos fossen.
 Las puertas del alcázer, — mio Cid lo mandó,
 que non se abriessen — de día nin de noch;
 dentro es su mugier — e sus fijas amas a dos,
 en que tiene su alma — e so corazón,
 e otras dueñas — que las sirven a su sabor;
 recabado ha, — como tan buen varón,
 que del alcázer — una salir non puede,
 fata ques torne — el que en buen ora nació.
 Salien de Valencia — aguijan a espolón.
 Tantos cavallos en diestro, — gruesos e corredores,
 mio Cid se los gañara, — que non ge los dieran en don.
 Hyas va pora las vistas — que con el rey paró.
 De un día es llegado antes — el rey don Alfons.
 Quando vieron que vinie — el buen Campeador,
 reçeber lo salen — con tan grand onor.
 Don lo ovo a ojo — el que en buen ora nació,
 a todos los sos — estar los mandó,
 si non a estos cavalleros — que querie de corazón
 con unos quinze — a tierras firió,
 comme lo comidia — el que en buen ora nació;
 los inojos e las manos — en tierra los fincó,
 las yerbas del campo — a dientes las tomó,
 llorando de los ojos, — tanto avié el gozo mayor;
 assí sabe dar omildança — a Alfons so señor.
 De aquesta guisa — a los pies le cayó;
 tan grand pesar ovo — el rey don Alfons:
 «Levantados en pie, — ya Cid Campeador,
 »besad las manos, — ca los pies no;
 »si esto non feches, — non avredes ni amor.»
 Hinojos fitos — sedie el Campeador:
 «¡Merced vos pido a vos, — mio natural señor,
 »assi estando, — dédesme vuestro amor,
 »que los oyan todos — quantos aquí son.»
 Dixo el rey: «esto feré d'alma e de corazón;
 »aquí vos perdono — e dovos mi amor,
 »en todo mio reyno — parte desde oy.»

otras damas que las sirven, y ordena además, como prudente, que no salga del alcázar ni una sola hasta que él no esté de regreso.

Salen de Valencia y pican espuelas. Todos esos corceles de armas, robustos y corredores, el Cid se los ha ganado, que no son de obsequio. Y ya se va para las vistas que ha concertado con el rey.

Don Alfonso había llegado un día antes. Cuando vieron venir al buen Campeador, salieron a recibirlo con gran festejo. Al mirar esto el que en buen hora nació, mandó refrenar a todos los suyos, salvo a los más escogidos de su corazón. Con unos quince caballeros echó pie a tierra, como lo tenía mandado; se arrojó al suelo, mordió la hierba, y dio suelta al llanto jubiloso — que así rinde acatamiento a su señor — y cayó a sus plantas. El rey don Alfonso, muy apesadumbrado, luego al punto le dice:

—Levantaos, oh Cid Campeador; besadme en buen hora las manos, que no los pies. De otra suerte no contáis con mi amor.

El Campeador estaba todavía de rodillas:

—Merced os pido, mi señor natural; imploro vuestro favor de rodillas, y óiganlo todos los presentes.

Y dijo el rey:

—Con todo el corazón os perdono aquí, y os devuelvo mi favor y os doy acogida en mi reino desde este día.

Habló el Cid, y dijo estas razones:

—Gracias, mi señor Alfonso; vuestro perdón acepto. Doy gracias primero a Dios y a vos después, y a estas mesnadas que nos rodean.

Siempre arrodillado, le besaba la mano, y después se pone en pie y le besa en la boca. Y todos se regocijaban de verlos, si no es Álvaro Díaz y Garcí Ordóñez, a quienes mucho pesa.

Y habló el Cid y dijo estas razones:

—Gracias al Padre Creador he alcanzado la gracia de mi señor don Alfonso. Siempre ha de ayudarme Dios del cielo. Señor, si os place, seréis mi huésped.

Fabló mio Cid — e dixo *esta razón*:
 «merced; yo lo reço, — Alfons mio señor;
 »gradescolo a Dios del çielo — e después a vos,
 »e a estas mesnadas — que están a derredor.»
 Hinojos fitos — las manos le besó.
 Levós en pie — e en la bócal saludó.
 Todos los demás — desto avien sabor;
 pesó a Álbar Díaz — e a Garci Ordóñez.
 Fabló mio Cid — e dijo *esta razón*:
 «Esto grandesco — al padre Criador,
 »quando he la gracia — de Alfons mio señor;
 »valer me a Dios — de día e de noch.
 »Fossedes mio huesped, — si vos ploguiese, señor.»
 Dixo el rey: — «non es aguisado oy:
 »vos agora llegaste, — e nos viniemos anoch:
 »mio huesped seredes, — Cid Campeador,
 »e cras feremos — lo que ploguiere a vos.»
 Besóle la mano — mio Cid, lo otorgó.
 Essora se le omillan — iffantes de Carrión:
 «Omillásmosnos, Cid, — en buena nasquiéstas vos!
 »En quanto podemos — andamos en vuestro pro.»
 Respuso mio Cid: — «assí lo mande el Criador!»
 Mio Cid Roy Díaz, — que en ora buena nació,
 non se puede fartar dél; — tantol querie de coraçón;
 catándol sedie la barba, — que tan aína creció.
 Maravillanse de mio Cid — quantos que y son.
 El día es pasado, — e entrada es la noch.
 Otro día mañana, — claro salie el sol,
 el Campeador — a los sos lo mandó
 que adobassen cozina — pora quantos que i son;
 de tal guisa los paga — mio Cid el Campeador,
 todos eran alegres — e acuerdan en una razón:
 pasado avie tres años — no comieran mejor.
 Al otro día mañana, — assí commo salió el sol,
 el obispo don Jerome — la missa cantó.
 Al salir de la missa — todos juntados son;
 non lo tardó el rey, — la razón conpeçó:
 «Oidme, las escuelas, — cuemdes e infançones!

El rey le contestó:
 —No sería justo. Vosotros acabáis de llegar, y nosotros
 estamos aquí desde ayer. Vos debéis ser mi huésped, Cid
 Campeador; mañana será como lo deseáis.
 El Cid le besa la mano, y lo concede.
 Entonces se acercan a saludarlos los infantes de Carrión.
 —Os saludamos, oh Cid; en buena hora habéis nacido.
 Somos vuestros amigos leales.
 Repuso el Cid:
 —Dios lo haga.
 Y aquel día el Cid Ruy Díaz, nacido en buen hora, fue
 huésped del rey. El rey no se hartaba de él: tanto le ama.
 Asombrado le contemplaba las barbas, que tanto y tan
 de prisa le habían crecido. Cuantos veían al Cid se ad-
 miraban.
 Pasó el día, vino la noche, y a la otra mañana brilló
 claro el sol. Entonces mandó el Campeador a los su-
 yos que preparasen comida para todos. Y con tanto gus-
 to obedecían al Cid, que trabajaban con mucho acierto;
 en tres años por lo menos no habían probado mejor
 comida.
 Al otro día por la mañana, en cuanto salió el sol, el
 obispo don Jerónimo cantó missa, y después se reunieron
 todos. El rey comenzó al instante:
 —Escuchadme, mesnadas, condes, infançones: Quiero
 proponer un deseo al Cid Campeador. Jesucristo ha de
 permitir que sea para bien. Os pido, pues, que déis a los
 infantes de Carrión por mujeres a doña Elvira y a doña
 Sol, vuestras hijas. Paréceme casamiento honrado y ven-
 tajoso; ellos lo piden, yo os lo recomiendo. Y quiero que
 cuantos hay aquí, de una y otra parte, los míos y los vuest-
 ros, intercedan por mí. Dádnoslas, pues, ¡oh Cid, así os
 ampare el Creador!
 —No debiera casar a mis hijas —repuso el Cid—, que
 todavía son de poca edad. Los infantes de Carrión son de
 mucha fama, buenos para mis hijas y aun para otras me-

»cometer quiero un ruego — a mio Cid el Campeador;
 »assí lo mande Cristus — que sea a so pro.
 »Vuestras fijas os pido, — don Elvira e doña Sol,
 »que las dedes por mugieres, — a ifantes de Carrión.
 »Semejan el casamiento — ondrado e con grant pro,
 »ellos vos las piden — e mándovoslo yo.
 »Della e della parte, — quantos que aquí son,
 »los míos e los vuestros — que sean rogadores;
 »dándoslas, mio Cid, — sí vos vala el Criador!»
 —«Non abría fijas de casar», — repuso el Campeador,
 »ca non han grant hedad — e de días pequeñas son.
 »De grandes nuevas son ifantes de Carrión,
 »pertenecen pora mis fijas — e aún pora mejores.
 »Hyo las engendré amas — e criástelas vos,
 »entre yo y ellas — en vuestra merced somos nos;
 »affellas en vuestra mano — don Elvira e doña Sol,
 »dadlas a qui quisieredes vos, — ca yo pagado so.»
 —«Gracias», dixo el rey, — «a vos e a tod esta cort.»
 Luego se levantaron — iffantes de Carrión,
 ban besar las manos — al que en ora buena nació;
 camearon las espadas — antel rey don Alfons.
 Fabló rey don Alfons — commo tan buen señor:
 «Gracias, Cid, commo tan bueno, — e primero al Criador,
 »quem dades vuestras fijas — pora ifantes de Carrión.
 »Daquí las prendo por mis manos — don Elvira e doña Sol,
 »e dólas por veladas — a ifantes de Carrión.
 »Yo las caso a vuestras fijas — con vuestro amor,
 »al Criador plega — que ayades ende sabor.
 »Afellos en vuestras manos — ifantes de Carrión,
 »ellos vayan convusco, — ca d'aquén me torno yo.
 »Trezientos marcos de plata — en ayuda les do yo,
 »que metan en sus bodas — o do quisieredes vos;
 »pues fueren en vuestro poder — en Valencia la mayor,
 »los yernos e las fijas — todos vuestros fijos son:
 »lo que vos ploguiere, — dellos fer, Campeador.»
 Mio Cid gelos reço, — las manos le besó:
 «Mucho vos lo gradesco, — commo a rey e a señor!
 »Vos casades mis fijas, — ca non gelas do yo.»

jores. Yo las engendré, vos las criasteis. Ellas y yo es-
 tamos en vuestras manos. Disponed de doña Elvira y de
 doña Sol; dadlas a quien os parezca bien, que yo que-
 daré contento.
 —Gracias —dijo el rey— a vos y a toda esta corte.
 Al punto se pusieron de pie los infantes de Carrión y
 vinieron a besar las manos al que en buena hora nació.
 Ante el rey don Alfonso cambian las espadas (en señal
 de pacto).
 Allí hablará el rey don Alfonso, como tan cumplido
 señor.
 —Gracias, buen Cid, predilecto del Creador; gracias
 de que me déis así a vuestras hijas para los infantes de
 Carrión. Desde ahora tomo con mis manos a doña Elvira
 y a doña Sol y las doy por esposas a los infantes. Con
 vuestra licencia, caso a vuestras hijas: Dios querrá que sea
 para bien. Os entrego a los infantes de Carrión; ellos os
 acompañen, que yo me vuelvo de aquí. Yo les doy tres-
 cientos marcos de plata como ayuda de costa para sus
 bodas o para lo que vos queráis. Cuando estén en vuestro
 poder todos, en Valencia, yernos e hijas, todos se-
 rán ya vuestros hijos. Haced lo que os plazca de ellos,
 Campeador.
 Recíbelos el Cid, después de besar al rey las manos:
 —Mucho os lo agradezco, como a mi rey y señor. Sois
 vos, señor, quien casáis y dais a mis hijas, no yo.
 Ya están dadas las palabras y las promesas. A otro día
 de mañana, al salir el sol, cada uno se volverá por su
 camino.
 Entonces hizo cosas señaladas el Cid: todas aquellas
 mulas robustas, bellos palafrenes y vestiduras preciosas, co-
 menzó a darlas el Cid a quien las quería: piden todos y a
 nadie les niega lo que piden. Sesenta caballos regaló el
 Cid. Todos los que han asistido a las vistas quedan paga-
 dos. Ya se alejan, que entra la noche.
 El rey toma de la mano a los infantes y los entrega al
 Campeador.

Las palabras son puestas, — *los omenajes dados son*,
 que otro día mañana — quando saliese el sol,
 ques tornasse cada uno — don salidos son.
 Aquí metió en nuevas — mio Çid el Campeador;
 tanta gruesa mula — e tanto palafré de sazón,
 tantas buenas vestiduras — que d'alfaya son,
 conpeçó mio Çid a dar — a quien quiere prender sos don;
 cada uno lo que pide, — nadi nol dize de no.
 Mio Çid de lo cavallos — sessaenta dio en don.
 Todos son pagados de las vistas — quantos que y son:
 partir se quieren, — que entrada era la noç.
 El rey a los ifantes — a las manos les tomó,
 metiólos en poder — de mio Çid el Campeador:
 «Evad aquí vuestros fijos, — quando vuestros yernos son;
 »de oy más, sabed — qué fer dellos, Canpeador;
 »*sírvanvos como a padre — e guárdenvos cum a señor.*»
 —«Gradéscolo, rey, — e preudo vuestro don;
 »Dios que está en çielo — devos dent buen galardón.»

105

*El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo.—Minaya
 será representante del rey*

»Yo vos pido merced — a vos, rey natural:
 »pues que casades mis fijas, — así como a voz plaz,
 »dad manero a qui las dé, — quando vos las tomades;
 »non gelas daré yo con mi mano, — nin dend don se
 Respondió el rey: — «afé aquí Álbar Fáñez; [alabarán.]»
 »prendellas con vuestras manos — e daldas a los infantes
 »así como yo las preudo daquent, — como si fosse
 »sed padrino dellas — a tod el velar; [delant,
 »quando vos juntáredes conmigo, — quem digades la verdat.]»
 Dixo Álbar Fáñez: — «señor, afé que me plaz.»

—He aquí a vuestros hijos, puesto que son ya vuestros
 yernos. En adelante dependan de vuestra voluntad. Que os
 sirvan como a padre, que os respeten como a señor.
 —Lo agradezco, rey, y acepto el don. Dios del cielo quie-
 ra premiároslo.

105

*El Cid no quiere entregar las hijas por sí mismo.—Minaya
 será representante del rey*

—A vos, mi rey natural, una merced os pido: puesto
 que casáis a mis hijas conforme a vuestra voluntad, desig-
 nad un representante que las reciba en vuestro nombre. Yo
 no las entregaré por mi mano; no se alaben de ello.

Y el rey respondió:

—Aquí está Álvar Fáñez. Tómelas él por su mano, y
 délas a los infantes, así como las tomo yo desde aquí cual
 si estuvieran ambas delante. Vos me seréis padrino de la
 ceremonia, y cuando volvamos a vernos ya me contaréis
 si lo habéis cumplido.

Y dijo Álvar Fáñez:

—A fe mía que lo haré, señor.